

In memoriam

Enrique Bouchard (1931-2024)

Andrea Cuarterolo*



Casi como si fuera un mensaje del destino, conocí a Enrique en el emblemático año de 1995. En diversas partes del planeta se multiplicaban los homenajes por el centenario del nacimiento del cine y mi papá, que en ese momento formaba parte de la organización de la cuarta edición de los *Congresos de Historia de la Fotografía en la Argentina* en el marco de la Expo Foto 95, lo convocó para llevar a cabo, como una actividad especial dentro del evento, una función de cine que emulara las primeras proyecciones del invento de los Lumière. Yo tenía 19 años y acababa de inscribirme a la carrera de Historia del Arte en la Universidad de Buenos Aires. Todavía no sabía que, dos años después, iba a elegir continuar con la orientación de cine y, mucho menos que, una década más tarde, terminaría especializándome en el período silente. Sin embargo, esa función mágica, que todavía conservo en mi memoria, fue, sin

duda, uno de mis primeros encantamientos con el tema al que terminé dedicando mi carrera. Enrique era un detallista primoroso, que sabía contagiar como nadie su pasión por el cine mudo. La función inició con la entrega de un exquisito programa de mano diseñado a la usanza de la época y en el que se detallaban todos los cortos que formaban parte de la función. Cuando se apagaron las luces, comenzaron a aparecer en pantalla una serie de placas de linterna mágica con mensajes encantadores como “Rogamos a las señoras, señoritas y caballeros se quiten los sombreros”. Estas auténticas reliquias eran tan sólo uno de los múltiples tesoros de su impresionante colección personal. Luego de esa deliciosa apertura, empezó la verdadera magia con una sucesión de películas de los primeros años del siglo XX, sonorizadas por dos pianistas, por las carcajadas de los espectadores y por el hipnótico sonido del proyector, que Enrique operaba desde las sombras de la sala. Allí pude ver por primera vez joyas del temprano cine nacional como *En casa del fotógrafo* (1902) de Eugenio Cardini, *La revolución de mayo* (1909) de Mario Gallo o *El entierro del Gral. Bartolomé Mitre* (1906) de Eugenio Py, todas cintas que él mismo había rescatado. Después de ese día no volví a saber de Enrique hasta 2004, cuando Abel Alexander, un amigo en común, nos puso en contacto. Yo ya estaba trabajando en mi tesis de doctorado centrada en el cine silente argentino y me estaba costando muchísimo acceder a materiales audiovisuales del período. Enrique me citó en su “bulín” de la calle Charcas, un extraordinario gabinete de curiosidades de apenas 30 metros cuadrados que había bautizado con el nombre de Círculo Cultural del Cine y que funcionaba como una especie de museo abierto a los investigadores e interesados en el tema. En ese recinto, tan diminuto como maravilloso, competían por el poco espacio disponible desde butacas de cine, cintas de todos los tamaños y formatos, fonógrafos, juguetes ópticos, enormes posters de películas, cientos de libros, folletos y revistas, cámaras y proyectores de todo tipo, cartas, fotos y autógrafos de grandes actores de la época muda, como Charles Chaplin, hasta un bellissimo mutoscopio de pie, que era una de las estrellas de su colección. A pesar de que casi no podía moverse sin tropezar con alguna caja o mueble, se notaba que ese pequeño espacio era su lugar en el mundo. A los pocos minutos de que empezáramos a conversar me di cuenta de que, a pesar de nuestra diferencia de edad, Enrique era un verdadero espíritu afín y no tardamos en hacernos buenos amigos. Su ayuda y consejos fueron vitales en mis primeros pasos como investigadora y, con los

años, tuve el placer de trabajar con él en varios proyectos conjuntos. En general, los coleccionistas tienen mala fama, pero cualquiera que haya conocido a Enrique puede dar fe de su inmensa generosidad, no solo con los objetos de su colección, sino con sus conocimientos y contactos. Cuando en 2012 le conté que acababa de localizar en Italia una copia de *Una nueva y gloriosa nación* (Albert Kelley, 1928) –un mítico film argentino rodado en Hollywood, que hasta entonces se creía perdido–, él mismo llamó por teléfono a su colega Livio Jacob, por entonces director de la Cinemateca del Friuli, para que me recibiera y me dejara consultar la copia que ellos resguardaban. Juntos hicimos también una hermosa serie de filoscopios para La Marca Editora, con películas de su colección.

Sin embargo, Enrique fue mucho más que un coleccionista, era una leyenda viva, que tuvo entre sus amistades a personalidades como Pablo Ducrós Hicken, de quien heredó una parte importante de su colección, o Henri Langlois, con el que se carteaba en un impecable francés y al que donó varias películas. Junto a su amigo e inseparable colega José Vigévano –un fotógrafo y laboratorista virtuoso que había construido una máquina especial para convertir películas de 35 a 16 mm– fue responsable de rescatar decenas de joyas del cine nacional que, sin su intervención, hoy probablemente no existirían, como *Las operaciones del Dr. Posadas* (Eugenio Py, ca. 1899), *Amalia* (Enrique García Velloso, 1914), *Hasta después de muerta* (Eduardo Martínez de la Pera y Ernesto Gunche, 1916), *El último malón* (Alcides Greca, 1917) o *Perdón viejita* (José A. Ferreyra, 1926). Uno de los logros de los que estaba más orgulloso era la recuperación de dos cortos perdidos de su ídolo Charles Chaplin: *Her Friend the Bandit* y *Cruel Cruel Love*, ambas de 1914.

Poco después de que empezáramos con *Vivomatografías*, le propuse hacerle una entrevista para la revista, la fuimos posponiendo y, cuando finalmente estábamos por concretarla, nos azotó la pandemia. Hablamos algunas veces por teléfono pero, por precaución, no nos vimos personalmente en casi dos años. La última vez que nos encontramos fue en su casa; acababa de vender su “bulín” y había tenido que trasladar allí toda su colección. Su mujer había fallecido pocos años antes y lo noté triste y cansado. Me fui de allí con un sabor amargo de boca, pero nunca pensé que ese sería nuestro último encuentro. Voy a extrañar muchísimo nuestras largas conversaciones, sus anécdotas increíbles y la emoción que compartíamos cada vez que aparecía una

película que se creía perdida. Su partida deja un enorme vacío en nuestro pequeño universo cinéfilo. Sin embargo, hoy quiero imaginarlo en un lugar mejor, pasando películas de Chaplin en su viejo proyector y riendo a carcajadas con Ducrós Hicken, Vigévano, Salvador Samaritano y toda su banda de locos lindos del silente. Lo imagino cerrando la función con una sonrisa pícaro mientras proyecta una última placa de linterna mágica, que estaba entre las preferidas de su colección, y que decía “No más por hoy. Gracias. Que les vaya bien. Y que no nos olviden. Y que escriban”. Este texto es, entonces, para vos. Adiós querido Enrique. Ciertamente no serás olvidado y tu pasión y compromiso sobrevivirán en cada una de las películas que recuperaste y atesoraste...



ARK CAICYT:

<https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s24690767/jtor49z7i>

* **Andrea Cuarterolo** es Doctora en Historia y Teoría de las Artes por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Quilmes. Se especializa en el estudio del cine silente y la fotografía en

Argentina y Latinoamérica y es autora del libro *De la foto al fotograma: Relaciones entre cine y fotografía en la Argentina 1840–1933* (CdF Ediciones, 2013) y co-editora de los volúmenes *Giros históricos de los cines regionales en Argentina y América Latina: definiciones, delimitaciones y disputas históricas* (Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2023), *Cines regionales en cruce: un panorama del cine argentino desde un abordaje descentralizado* (EUDEBA, 2022), *Pantallas transnacionales. El cine argentino y mexicano del período clásico* (Imago Mundi/Cinemateca Nacional de México, 2017) y *Diez miradas sobre el cine y audiovisual* (Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2018). Desde 2016 co-dirige el Centro de Investigaciones y Nuevos Estudios sobre Cine (CIyNE) y la Asociación de Estudios sobre Precine y Cine Silente Latinoamericano (PRECILA). Es directora, junto a Georgina Torello, de *Vivomatografías. Revista de estudios sobre precine y cine silente en Latinoamérica*. E-mail: acuarterolo@gmail.com.